

rremoto, el de la sangre y el oscuro y misterioso genio personalísimo. La sacerdotisa de Táuride no profiere su canto —su patético canto cantado a son de esbelto verso antiguo— sino para aludir a este karma nuestro que todavía no ultima sus consecuencias, en tanto Euménides vernáculos gesticulan y volotean en la noche del holocausto, con el horror —el primordial horror de México— calado en las caras. Así lo entendió la aguda percepción de Waldo Frank, quien relata su encuentro con esta *Ifigenia cruel* como con el de “un mensaje americano”: el de la tierra de Anáhuac que expía su sino en la helénica catarsis de la tragedia, emergiendo, roja de sangre y de lava, a la conquista de su suerte, emancipada del durísimo yugo de su fatalidad . . . He aquí a una grave expresión poética henchirse de un cálido sobresalto moderno y consumir síntesis política. ¿Quién como este gran poeta ha encendido en la tiniebla mexicana una luz tan honda y verdadera? Pues sólo el inspirado obtiene la visión de la totalidad a la hora del duelo, cuando ceden los más esforzados corazones y parece que todo fuese a derrumbarse a impulsos del ciego huracán. Las larvas —larva es fantasma— tienen, también, un destino, y tras el oscuro revolverse primordial suele producirse ese primer chisporroteo de la conciencia que es el horror de sí propios y el ansia de superación, y luego culminar en claridad deslumbradora y en júbilo creador. ¡Bienaventurado México porque fue a buscar su misterio en las remotas fuentes del horror y el martirio y padeció cruelmente y aun no consigue arrancarse de este dramático torcedor de su sino!

Uno de los más extraordinarios acontecimientos de la vida espiritual de México estriba en la creciente inserción de su particular aptitud creadora dentro de la expresión universal moderna. El hecho se percibe fácilmente en todas las esferas de la conciencia mexicana; se opera un decisivo recrudescimiento de este ensanche del alma vernácula cuyo ritmo no tiene precedente en ninguna otra época histórica. Sería de todo punto imposible tentar la experiencia de enconcharnos, los americanos, en nuestra incierta noción au-

tótona: las barreras naufragan y en cambio multiplíquense los puentes. Lo propio, al fin y al cabo, cuando existe, no perece jamás en lo universal, sino que se enriquece y cobra nuevo esplendor y se redondea de una superior finalidad. Tal es la lección de Alfonso Reyes, el de la emocionada proeza de la universalidad mexicana —o la mexicanidad universal—. En ocasiones, por ir a buscar material propicio para su organización americana demasiado lejos, pudo parecer al corto de vista o al malintencionado un descastado y un evadido de los inmediatos apuros de su suelo: construía, en realidad, su mundo, su único mundo: el de su terrón de origen, el de su raíz. ¿No habló, en el minuto de la *Visión de Anáhuac*, auscultando los signos de México, de la intransferible necesidad de poner “alerta la voluntad y el pensamiento claro”? La hora requiere, es verdad, toda la fervorosa atención del vigía: una señal perdida redundará en menoscabo de la obra nacional. Todo, pues, debe interesarnos y ser nuestro, sin más limitaciones que las que emanen del propio cariz local de la cultura de cada raza y cada tiempo: la antigüedad clásica y el solemne mensaje de Cristo, el prolijo y caudaloso mundo de la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma y la Revolución, la metafísica china y la poesía arábiga, *El Ramayana* de Valmiki y el *Blanquerna* de Lulio, el romanticismo delirante de *Obermann* y el claroscuro del arte mágico de Rembrandt . . .

¿A qué se llama estar alertas? En la noche de América ningún signo debe ser fútil porque todos, dentro de sus rutas, son nuncios de la aurora. El buen vigía tomará nota de todos: “alma mía, heredera de todos . . .” ¡Aunque el intonso clame y su grito ignara zahiera con el dicterio de descastado al que ausculta los caminos de arriba y de abajo! Lo propio dejará de serlo en el instante mismo en que desdeñemos lo mejor: lo propio debe ser lo mejor. Y hoy Platón y Dante y el grito de Verlaine martirizado por su siglo positivista y el oceánico y evangélico clamor de Dostoyevsky son tan nuestros como el barroco poblano, la angustia de

López Velarde y la criolla melancolía de los vales de Juventino Rosas y Ricardo Castro. Aun el destino material debe importarnos poco si queremos fincar perdurable y universal destino: de una colonia miserable de Roma se alzó a decir voz inspirada Plotino, el sin patria —hijo de una raza inferior, como rezaría hoy la condena estólida del racista—, y del hondón de otra, Epicteto, el esclavo. ¿Y qué? ¡Razón de más para apresurar el sentimiento de la patria en las almas, que de allí nadie nos lo robará ni nos lo hará esclavo, nadie, nadie! Amplitud de espíritu de Alfonso Reyes, que no es lo mismo —casi siempre suele ser lo contrario— que manga ancha, inerte y descastada indiferencia. ¿Que jamás ha dicho a México, impostando la voz, su querella . . . y qué? Otra vez: ¿y qué? Hay un recato púdico en Alfonso Reyes —gemelo del “íntimo decoro” del otro gran visionario— que le veda el clamoreo de su angustia vernácula . . . No tiene, no quiere tener tratos con la jactancia: la prosopopeya le suena, quizás, a falsete, y prefiere la serenidad de la expresión corriente: clásico, al fin y al cabo, que nunca se olvida —ni aun para llorar— de su difícil equilibrio. No es un romántico, sino un apolíneo. La misma imprecación le mana saturada de este aire de intimidad clásica: “Asombros quiero . . .” —dice en la dulce, en la hermosa *Lamentación de Navidad*— “Dame obras que cumplir. Hazme profundos signos con que me atiendan mis hermanos, o hazme volar, como haces con los granos hacia la tierra en que serán fecundos . . .” Virgilio y Horacio, poetas fuertes, legáronle numen recatado, sobrio, dueño de sí propio.

El México de Alfonso Reyes anda ya por el mundo y tiene paso franco a través de aduanas, fronteras, culturas, razas. Tal vez se realizará en la tierra o acaso nunca se realizará; mas el mensaje de México existe y la flor del sentimiento universal es suya. ¿A quién se le ocurriría tachar de iluso ahora a Erasmo de Rotterdam porque en el alba del Renacimiento palpase los signos de la unidad europea? Pues tampoco es un mero iluso el que ha plantado su tienda

a mitad de los vientos órbicos, soñando —o adelantándose, nada más, quizás— con darse una patria heredera de todos, ilímite, libre y total. “No hay patria pequeña” —que dijo el iluminado de Nicaragua— “Si pequeña es la patria, uno grande la sueña”. Y es verdad. No hay patria pequeña, porque el espíritu refleja en la más pequeña de todas un hálito del universo. Y aun podría añadir que hay horas y no patrias, grandes o chicas: la de México —¡Oh amarilla hora nuestra cargada de nocturno misterio, antes de la eclosión matinal!— es hora germinal, obstétrica. Haces de humanidad disímbola convivimos en planos próximos y sin embargo diferentes entre nosotros como planetas separados por millones de kilómetros: el hombre de la tierra y el hombre de la ciudad, el indígena y el espíritu de todas partes, el hijo inocente y basto de la edad de piedra y el ingeniero de la edad de la técnica, el troglodita y el refinado . . . ¿Hirvió alguna vez, en alguna parte del mundo, un material más extraño en un crisol más singular? ¿Dónde está allí la patria, siquiera como difusa perspectiva inasible? Está, está . . . Se la siente musitar su vagido en el mensaje de Alfonso Reyes, en tanto sus hondas raíces revuélvense en plena gleba, y el incidente brutal del campanario resuena, pequeño y oscuro, tierra y almas aún larvales, tierra y totemismo de la sangre, tierra y vida primaria, como en el día inicial de la Creación . . . Patria es exactamente el unánime tirón para arriba. Así emerge a superficie soleada la flor, y es más opulenta si muy adentro sus raíces bebieron sangre y detritos. ¡A condición de que haya quien tire hacia arriba, siempre hacia arriba, y otee rumbos y promulgue ley superior! La norma es ésta: acarrear sin descanso material de construcción, de aquí y de allá, y organizarlo luego: la atmósfera pesa y día a día México requiere más y más este ensanche de su órbita. Vigilancia del mundo, fervorosa vigilancia de Alfonso Reyes: para la América que un día —fatalmente— habrá de estar en pie, capitana de su propia suerte, lo mejor, lo más completo, lo más grave, lo más perfecto; nada nos es ajeno y nada debe sernos extraño. Patria es conjugación de valores. La historia empieza cuando el

hombre aflora de su noche germinal y saluda el esplendor del mundo y siente sobre sí la responsabilidad de su herencia y su destino. Lo demás es larva, fantasma.

Por esta amplitud de espíritu y por esta devoción universal, Alfonso Reyes encarna nuestras más amadas ambiciones. Solácese otros con el puro consumado virtuosismo de su música de cámara y aun atribúyanle exclusividad dilecta, que a mí más, mucho más, me interesan su actitud y su calor humanos: su mensaje, su rico y elocuente mensaje. Pues hay mensajes y no escuelas, maneras, técnicas, aunque los preceptistas, los pobres y hueros preceptistas, se engolosinen encasillando a cada voz como si fuese una mera data histórica o estética y no el sobrecogido oleaje de angustia, misterio y esperanza que constituye al hombre y a su posición en el mundo —y más allá del mundo, mucho más allá... Respecto al mismo Alfonso Reyes ¿qué es, después de todo, ese *clásico* que unos y otros hemos convenido en echarle encima? ¿Sambenito, grillete, estigma, torzal, enjundia, calidad manifiesta, o qué? ¡Fuera con los casilleros! Y que el adocenado los busque y se acoja a su definición y a sus tropos, porque ¿qué va a hacer, si no, el adocenado?; pero no hagamos confusión en lo tocante a la fundamental actitud del hombre. A su actitud ante la vida, que es lo que nos importa sobre todo, por sobre todo. ¡Muera el virtuosismo que no es feliz accidente, sino específica calidad literaria! ¿No habló Alfonso Reyes en uno de sus más redondos libros de *simpatías y diferencias*? Pues eso es todo, en el hombre —cuando hay hombre— y no tenemos por qué ni para qué derivar de allí escuelas o cuadros, sino vida verdadera, en conflicto perenne, íntimamente fundida a los movimientos más hondos del ser. Organizar esta noción de lo afín y lo desemejante es universalizar. Nada nos es ajeno y nada debe sernos extraño: todo nos pertenece puesto que todo coadyuva a realizar la síntesis: síntesis mexicana y americana de Alfonso Reyes.

En un tiempo como este realizó su síntesis europea Erasmo de

Rotterdam. El fragor de las armas rugía en torno del retiro del solitario, y la violencia caldeaba a las almas y ennegrecía de trágicos mirajes el horizonte. Al siniestro resplandor de las piras de la inquisición respondía, allende el Pirineo, la crueldad inhumana de los turiferarios de la Reforma, y competían católicos españoles —¡oh Gran Inquisidor de Toledo de la aciaga leyenda dostoyewskiana!— y fanáticos de las cincuenta sectas protestantes, en el atroz ejercicio de la intolerancia y la muerte. Torquemada, Arbués, Lutero, Calvino, Zwinglio, Melanchthon, son otras tantas encarnaciones virulentas y monstruosas del fanatismo que asoló a la Europa por doscientos lúgubres años e inmoló en su ara a millares de seres libres. Erasmo, el de la religión del humanismo, el primer europeo, el sin patria, debió desdoblarse en todas direcciones huyendo de la violencia que adueñábase de su siglo y llameaba, implacable y feroz, en las almas de teólogos y letrados, señores y pueblo llano. “Veía en toda forma de intolerancia de opiniones el pecado de nuestro mundo”, asienta Stephan Zweig, su más elocuente biógrafo moderno. Su odio, su gran odio a la violencia, atrincherábase, sufriendo, tras la ilusión humanista. Soñaba el sabio con que la cultura acabaría, un día, con la guerra y las intransigencias que siembran el horror y el exterminio so capa de imponer su particular verdad. Creía —humanista del Renacimiento, al fin y al cabo, y amigo entrañable del Canciller Moore— en la Utopía: una clásica Utopía de la cultura. A su modo, en aquella hora de apóstoles ululantes, fue también un apóstol, un solitario, ascético, medroso apóstol. Le salva de zozobrar en el vacío del estéril egoísmo —el del Infierno de los ángeles tibios condenados por el Alighieri— su difícil actitud de batallador contra todos, su superior fanatismo pacifista, su posición humana, en fin. Su vida entera fue una prueba —la del ardiente amor a la libertad, la verdadera libertad del sér— y la sobrellevó estoicamente y la exaltó a linde soberana.

Al paso de las centurias, el aire arde, de nuevo, y congestiónase el rojo reverberar de la violencia. Alfonso Reyes, el huma-